



LOS
PAJAROS

SAINT JOHN PERSE

LOS PAJAROS

■ SAINT - JOHN PERSE

Traducción: GUILLERMO SUCRE

En 1911 aparecía el primer libro de un joven —24 años— que sería con el tiempo uno de los más grandes poetas contemporáneos: Saint-John Perse. Firmaba entonces con su (un poco modificado) nombre de familia: Saintléger Léger, y el libro recogía diversas colecciones de poemas escritos entre 1904 y 1908. Oriundo de la Guadalupe el autor, sus poemas revelaban la maravillosa y maravillada experiencia de una infancia vivida en medio de la naturaleza y el mar tropicales. Libro de nobles reverencias (“Hablo de una alta condición”, “Hablo en la estima”, “Tengo razones para alabar”), era un adiós a esa infancia mítica y parecía por ello cerrar un ciclo vital y aun poético. En realidad lo abría: era el comienzo de una expansión creadora en la que el hombre y el universo alcanzarían su razón de ser y su plenitud. **Eloges**, el título del libro, no era tanto el producto de una momentánea exaltación espiritual como una declaración de principios: el anuncio de una poesía futura.

En efecto, todo el sentido de la poesía posterior de Saint-John Perse estaba ya impreso en el título de aquel libro primigenio. ¿El sentido de esta poesía no iba a ser, en el fondo, el de un inmenso y luminoso **elogio** del mundo? Sus dominios serán múltiples y complejos, pero todos ellos participarán del mismo tono original: el de la alabanza. Significando al comienzo una reacción personal o subjetiva, la alabanza

irá luego abarcando todos los órdenes de la historia del hombre.

Anabase (1924) es la expresión de una vasta epopeya romántica: crónica del moderno conquistador en vías de fundar una nueva ciudad y una nueva ley; las estepas asiáticas son su escenario aparente; el origen y formación de las civilizaciones su tema más profundo. El poema concluye en la exaltación y el júbilo, pero significativamente queda abierto el camino de un nuevo viaje. Ese viaje, no menos simbólico pero de distinto signo y con más implicaciones en la vida real de Perse, será el viaje del proscrito. A consecuencia de la invasión alemana, Perse debió emigrar de Francia en 1940. Se inicia entonces el ciclo de los poemas de la ausencia: **Exil** (1942), **Pluies** (1943), **Poème a l'étrangere** (1943) y **Neiges** (1944). A través de ellos, Perse nos introduce en su drama personal, pero también, y sobre todo, en el drama de la historia contemporánea. "Puertas abiertas a las arenas, puertas abiertas al exilio", comienza el primero de esos poemas. Pero aunque debe enfrentarse a tiempos de abatimiento interior y de zozobra colectiva, la orgullosa voluntad del poeta no se ve quebrantada: "Y es hora, oh Poeta, de decir tu nombre, tu nacimiento y tu raza". Incluso nunca como entonces sus poemas adquieren una vibración tan deslumbrada; en medio del destierro y el aparente vencimiento, ellos encarnan el goce total frente a la naturaleza:

“Nevaba, y he aquí que diremos de ello maravillas: el alba muda en su pluma, como una gran lechuza fabulosa presa de los soplos del espíritu, inflaba su cuerpo de dalia blanca. Y por todas partes nos parecía fiesta y prodigio”.

“El hombre moderno —dice Octavio Paz— ha descubierto que la vida histórica es la vida errante”. En **Vents** (1946), Saint-John Perse construye su epopeya de las migraciones de los pueblos. Quizá más abstracto que **Anabase**, este poema se inspira, sin embargo, en una realidad histórica concreta: la situación de la postguerra. Como lo señaló Claudel en su momento, es el poema de la declinación de las civilizaciones, pero vista no como un límite final sino como un punto de partida: una suerte de inmersión en las fuentes originarias, que trae consigo la purificación. Y es que Perse no tiene una concepción cíclica sino abierta de la historia. En su mundo el hombre siempre se desplaza y está en marcha; es una energía en movimiento, acompañado justamente por aquellos elementos de la naturaleza que se mueven libremente: antes las nieves y las lluvias, ahora los vientos, después los mares y los pájaros. Pero, además, **Vents** no es el poema de una circunstancia inmediata, sino de la eterna **presencia**: en él coexisten todos los tiempos y todos los espacios. Y aun en él revela Perse toda su capacidad de deslumbramiento: la tierra que describe

es “una Biblia de sombra y de frescura en el desenvolvimiento de los más bellos textos de este mundo”. Simbolismo planetario que, lejos de caer en el pesimismo, concluye con la presunción de un nuevo destino y un nuevo mundo:

el lecho de los hombres sobre la tierra,
Un muy viejo árbol, ya sin hojas,
“Cuando la violencia hubo renovado
retomó el hilo de sus máximas. . .
Y otro árbol de alto rango subía ya de
las grandes Indias subterráneas,
Con su hoja magnética y su carga de
nuevos frutos”.

La tercera gran epopeya de Perse es **Amers** (1957). “Poesía para acompañar la marcha de una recitación en honor del mar”, es el poema de la energía cósmica. El mar es no sólo su escenario sino también su personaje central: el mar físico y el de la historia, en el cual se reúnen los príncipes, los regentes, los actores de ojos extirpados, los mensajeros, los amantes, el poeta. Es, en realidad, el poema del destino y de las revelaciones. Y si, como dice Malraux, “el mundo de la tragedia es el mundo antiguo: el hombre, la multitud, los elementos, la mujer, el destino”, este poema es igualmente un poema trágico, sólo que termina en la plenitud de ser. Y como siempre, esa plenitud se realiza a través de la comunión con el universo:

“¡Unidad reencontrada, recobrada presencia! Oh mar instancia luminosa y carne de gran lunación. Claridad hecha para nosotros sustancia, y lo más diáfano del Ser revelado como la espada que se desliza fuera de su vaina de seda roja: el Ser sorprendido en su esencia, y el dios mismo consumado en sus más santas especies, al fondo de los palmares sagrados. . .”

Amers es la suma del arte de Perse. En su texto prolijo y desencadenado vienen a reiterarse los rasgos dominantes de su poesía anterior: su poder de expansión en el mundo, sus grandes visiones del hombre y la historia, la magia de su lenguaje. Es también la apertura de un camino que conduce, ya en la madurez, hacia dos de los impulsos esenciales del hombre: el amor y la muerte.

Etroits sont les vaisseaux, incluido en sus páginas, es uno de los más destellantes poemas de amor de la literatura contemporánea. Su tono bíblico y cósmico realza el coloquio de los dos Amantes que, inflamados de deseos y de sueños, unen también sus destinos al del mar. Menos suntuoso, con ese laconismo de los últimos enfrentamientos, **Chronique** es un poema autónomo publicado posteriormente en 1960. Su tema es la edad, la vejez. Crónica de una vida y de todas las vidas, de una historia y de todas las historias, es finalmente el encuentro lúcido y sin desesperación con la muerte: “Edad, henos aquí. Cita concertada, y de antiguo, con esta hora de gran

significado". Pero lejos de demorarse en el tema de la fugacidad de la vida, o de sumirse en el tradicional tono elegíaco ("Los elegíacos son canallas", decía Baudelaire), representa, por el contrario, un canto de glorificación y como un nuevo florecimiento: "Somos pastores del futuro, y no nos basta toda la inmensa noche devoniana para apuntalar nuestra alabanza". Y aunque no es una entrega pasiva a la muerte tampoco se trata de la visión de una plácida eternidad. Si bien el poeta exclama: "no tengo rango entre los hombres del instante", sabe que es el instante vivido en su plenitud lo que lo proyectará hacia el futuro. Por ello, recapitulación ante el tiempo y la muerte, **Chronique**, como toda la obra de Perse, es un himno a las fuerzas vivas del hombre.

Gran inventario del mundo, relación sobre la cultura y la historia, la poesía de Perse es también, con frecuencia, una mirada hacia el poema mismo y el acto creador. Palabras, textos, páginas, sintaxis, sílabas, metros, prosodia: son innumerables sus poemas donde aparecen estos elementos como metáforas de la realidad. Perse poetiza sobre el lenguaje como un objeto real más ("Ah, gran árbol del lenguaje poblado de oráculos, de máximas..."). Pero lo hace porque comprende que el mundo no se ilumina sino a partir de las palabras. ¿Qué son las palabras para él? En **Amers** nos lo dice: "ellas no son,

no siendo ya más signos ni ornamentos, sino la cosa misma que figuran y la cosa misma que adornan". La realidad es verbal y el verbo es realidad. Ciertamente, hay toda una poética implícita en la obra misma de Perse. Pero donde esta poética se convierte en tema dominante es en **Oiseaux** (1963).

Oiseaux es el poema sobre la creación artística: la relación del arte con la naturaleza, del artista con su propia conciencia. Influido por el objeto en que se inspira ("ascetismo del vuelo", "laconismo del ala"), el lenguaje de este poema tiene su misma depurada y simple arquitectura. Comienza con una morosa descripción del pájaro real, pero de inmediato nos introduce en los dominios de los pájaros pintados de Georges Braque —el poema se inspira, en verdad, en unas litografías de este pintor. Y ya desde entonces se establecen los vasos comunicantes entre estos dos campos de la realidad: la naturaleza y el arte. Según Perse, el artista debe conocer profundamente la naturaleza ("Una larga sumisión al hecho lo habrá resguardado de lo arbitrario, sin sustraerlo al nimbo de lo sobrenatural"), pero para luego hacer abstracción de ella. Su arte no es una copia, sino una transfiguración, y no nace de un acto deliberado, sino de un raptó. Pero en ese raptó el artista capta toda la esencia misma del objeto. Así, la delgada mancha de color en que queda estampado

el pájaro no es “cifra ni sello, no siendo signo ni símbolo, sino la cosa misma en su hecho y su fatalidad”. El arte se nos presenta entonces como una operación mágica: la imagen sustituye al objeto y éste sometido a sucesivas sustituciones se metamorfosea hasta que surge el verdadero milagro: la “unidad recobrada bajo la diversidad”. Inmersión en lo real, abstracción, mutaciones, raptos: el arte, para Perse, está sometido a la fuerza de la imaginación. Por ello cumple una doble función: es alquimia y es conocimiento. Gracias a las analogías y correspondencias, transfigura al mundo. Gracias a esas mismas analogías y correspondencias, conquista la totalidad: la relación de lo visible y lo invisible, de la materia y el espíritu. Es así como, para Perse, “el poeta nos enlaza con la permanencia y unidad del ser”.

Poesía como conocimiento, la de Perse encierra una gran sabiduría del mundo. Todas las ramas del saber parecen estar presentes en ella. Pero esa sabiduría, que es sobre todo experiencia viva, no hubiera logrado proyectarse sin un lenguaje que tuviese su misma amplitud y profundidad. El lenguaje de Perse es uno de los triunfos más imponentes de la poesía contemporánea. Material y abstracto a la vez, abarca todos los registros de la expresión. Encantamiento y profecía, su misión ha sido la de darnos la medida de la plenitud del hombre. “Tomé a mi cargo la escritura, yo la honraré”,

dice el poeta en **Amers**. Y a través de la escritura, honrar el mundo, o salvar la distancia, como él mismo lo expresa, “que dejamos crecer entre el hombre temporal y el hombre intemporal”.

...*Quantum non milvus oberret.*
(...*más de lo que cubre el vuelo de un milano*).

Aulus Persius Flaccus. *Sat. IV, 26.*

1

El pájaro, de todos nuestros consanguíneos el más ardoroso en vivir, vive en los confines del día un destino singular. Migratorio, acosado de inflación solar, viaja de noche, pues los días son demasiado cortos para su actividad. En tiempos de luna gris color del muérdago de las Galias, puebla con su espectro la profecía de las noches. Y su grito en la noche es grito del alba misma: grito de guerra santa con arma blanca.

En el flagelo de su ala la inmensa libración de una doble estación; y bajo la curva del vuelo, la curvatura misma de la tierra...

La alternancia es su ley, la ambigüedad su reino. En el espacio y el tiempo que incuba en un mismo vuelo, un solo estío es su herejía. Es también el escándalo del pintor y del poeta, ensambladores de estaciones en los más altos sitios de intersección.

¡Ascetismo del vuelo...!

De todos nuestros comensales el más ávido de ser, el pájaro es aquel que, para nutrir su pasión, lleva oculta en él la más alta fiebre de la sangre. Su gracia está en la combustión. Nada en ello de simbólico: simple hecho biológico. Y tan ligera es para

nosotros la materia pájaro, que, al contrafuego del día, parece alcanzar la incandescencia.

Un hombre en el mar, olfateando el mediodía, levanta la cabeza hacia este escándalo: una gaviota blanca abierta en el cielo, como mano de mujer contra la llama de una lámpara, eleva en el día la rosada transparencia de una blancura de hostia.

¡Ala falcada del sueño,
volverás a encontrarnos esta tarde sobre otras
riberas!

Los viejos naturalistas franceses, en su lengua muy precisa y reverenciosa, después de hacer justicia a los atributos del ala —“astil”, “barbas”, “estandarte” de la pluma; “remeras” y “timoneras” de las grandes penas motrices; y toda “mancha” y “mácula” de la librea de adulto—, se aplicaban entonces al cuerpo mismo, llamado “territorio” del pájaro, como a una parcela ínfima del territorio terrestre. En su doble obediencia, aérea y terrestre, el pájaro nos era así presentado en lo que es: un minúsculo satélite de nuestra órbita planetaria.

Estudiaban, en su volumen y su masa, toda esa ligera arquitectura hecha para el despegue y la duración del vuelo: ese alargamiento del esternón en forma de naveta, esa caja fuerte de un corazón accesible al solo flujo arterial, y todo el enjaulamiento de esa fuerza secreta, dotada de los más finos músculos. Admiraban ese vaso alado en forma de urna por todo lo que de ardiente y de sutil se consume en él; y todo ese sistema intersticial de una “neumática” del pájaro para acelerar la combustión, ramificando el árbol sanguíneo hasta las vértebras y falanges.

Sobre sus huesos huecos y sus “bolsas de aire”, llevado más ligeramente que brizna de paja a la excelencia del vuelo, el pájaro desafiaba todas las nociones de

aerodinámica. El estudiante, o el niño demasiado curioso, que alguna vez había disecado un pájaro, por mucho tiempo guardaba memoria de su conformación náutica: de su gracia para imitar en todo al navío, con su caja torácica en forma de casco y el ensamblaje de las cuadernas sobre la quilla, la masa ósea del castillo de proa, la roda o rostro del esternón, el cinturón escapular donde encaja el remo del ala, y la cavidad pelviana donde se instaure la popa . . .

...Cosas todas conocidas del pintor en el instante mismo de su raptó, pero de las cuales debe hacer abstracción para transponer de un trazo, a la superficie de su tela, la suma verdadera de una delgada mancha de color.

Mancha estampada como por un sello, no es sin embargo, cifra ni sello, no siendo signo ni símbolo, sino la cosa misma en su hecho y su fatalidad —cosa viva, en todo caso, y apresada en lo vivo de su tejido natal: más bien injerto que extracto, síntesis más que elipsis.

Así, de un "territorio" más vasto que el del pájaro, el pintor sustraer, con violencia o lento desprendimiento, ese puro fragmento de espacio hecho materia, hecho táctil, y cuya emaciación suprema llega a ser la mancha insular del pájaro en la retina humana.

Silenciosamente sacado desde las orillas trágicas de lo real hasta este lugar de paz y de unidad, como en un punto medio o "lugar geométrico", el pájaro sustraído a su tercera dimensión se cuida sin embargo de no olvidar el volumen que una vez tuvo en la mano de su raptor. Franqueando la distancia interior del pintor, lo sigue hacia un mundo nuevo sin romper lazo alguno con su medio original, su ambiente anterior y sus afinidades profundas. Un mismo espacio poético continúa asegurando esa continuidad.

Tal es, para el pájaro pintado de Braque, la fuerza secreta de su "ecología". Conocemos la historia de aquel Conquistador mongol, raptor de un pájaro en su nido, y del nido en su árbol, que traía con el pájaro, y su nido y su canto, todo el árbol natal mismo, tomado de su suelo, con su pueblo de raíces, su terrón y su margen de terruño, todo su jirón de "territorio" raíz evocador de yermos, de provincia, de comarcas y de imperio. . .

De aquellos que frecuentan la altura, depredadores o pescadores, el pájaro de gran señorío, para lanzarse mejor sobre su presa, pasa en un lapso de la extrema presbicia a la extrema miopía: le ayuda una muy fina musculatura del ojo, que controla la curvatura misma del cristalino. Y entonces, el ala alta, como de una Victoria alada que se consume a sí misma, mezclando en su llama la doble imagen de la vela y de la espada, el pájaro, que ya no es más que alma y desgarramiento de alma, desciende, vibrando como una guadaña, a confundirse con el objeto de su presa.

La fulguración del pintor —raptor y raptado— no es menos vertical en su primer asalto, antes de que establezca, de plano, y como lateralmente, o mejor circularmente, su insistente y larga solicitud. Vivir en buena inteligencia con su huésped se convierte entonces en su suerte y su recompensa. Conjuración del pintor y del pájaro . . .

El pájaro, fuera de su migración, precipitado sobre la piedra del pintor, comienza a vivir el ciclo de sus mutaciones. Habita la metamorfosis, sucesión serial y dialéctica. Tránsito de pruebas y de estados, siempre en vía de progresión hacia una confesión plenaria, de donde al fin surge,

en la claridad, la desnudez de una evidencia
y el misterio de una identidad: unidad
recobrada bajo la diversidad.

Para el pájaro esquemático en su punto de partida, ¡qué privilegio ya, sobre la página del cielo, el de ser por sí solo el arco y la flecha del vuelo, el tema y el discurso...! Al otro extremo de esta evolución, bajo su revestimiento supremo, es una secreta plenitud a la que se integra lo esencial de toda una larga operación. Aparece entonces la belleza de esa palabra "facies", usada en geología para abarcar históricamente, en su total evolución, todos los elementos constitutivos de una misma materia en formación.

En esta concisión de un fin que se reúne con su principio, el pájaro de Braque permanece para él cargado de historia. De todo lo que elude, a sabiendas o no, el ojo electivo del pintor, le queda el conocimiento íntimo. Una larga sumisión al hecho lo habrá resguardado de lo arbitrario, sin sustraerlo del nimbo de lo sobrenatural.

El hombre ha alcanzado la inocencia de la bestia, y el pájaro pintado en el ojo del cazador se convierte en el cazador mismo en el ojo de la bestia, como ocurre en el arte de los esquimales. Bestia y cazador franquean juntos el vado de una cuarta dimensión. Aparejados, con un mismo paso, dos seres verdaderos finalmente van de la dificultad de ser a la facilidad de amar.

Estamos ahora lejos de la decoración. Es el conocimiento emprendido como búsqueda de alma y la naturaleza finalmente alcanzada por el espíritu, después de haber cedido todo al espíritu. Una larga y conmovedora meditación ha vuelto a encontrar aquí la inmensidad de espacio y de tiempo donde se despliega el pájaro desnudo, en su forma elíptica semejante a la de las células rojas de su sangre.

Llegada la hora de la liberación, más que un vuelo de pájaros es un lanzamiento silencioso de grandes imágenes pintadas, como navíos sobre su basada . . .

Braque, conocedor de la gloria más envidiable, la de ver su nombre llevado por un navío de alta mar —un hermoso navío laqueado de blanco, con pabellón nórdico, animado en la proa por seis grandes pájaros zambullidores de los mares antárticos—, no querrá desaprobare esta última imagen náutica: si sus pájaros afilados como sofismas de Eléatas sobre la indivisibilidad del espacio y el tiempo, perpetúan en un punto fijo el movimiento mismo del vuelo, no tienen nada de la mariposa clavada con el alfiler vienés del entomólogo, sino que más bien, entre los treinta y dos rumbos de la rosa de los vientos, sobre ese fondo de ojo incorruptible que es la brújula marina, son como la aguja magnética en trance sobre su eje de acero azul.

Así, los viejos pilotos de China y de Arabia solían mirar, orientarse por sí mismos, al nivel del bol de agua, el pájaro pintado flotando sobre su indicador de corcho atravesado por una aguja magnética.

...Nada allí de inerte ni pasivo. En esa fijeza del vuelo que no es más que laconismo, la actividad es siempre combustión. ¡Todo al activo del vuelo, y todos los créditos a ese activo!

El pájaro sucinto de Braque no es nunca simple motivo. No es filigrana en la hoja del día, ni siquiera huella de mano fresca en la arcilla de los muros. No habita, fósil, el bloque de ámbar ni de hulla. Vive, boga, se consume —concentración en el ser y constancia en el ser. Absorbe, como la planta, la energía luminosa, y es tal su avidez que no percibe el violeta ni el azul del espectro solar. Su aventura es aventura de guerra, su paciencia “virtud” en el sentido antiguo de la palabra. A fuerza de voluntad, rompe el hilo de su gravitación. Su sombra es despedida hacia el suelo. Y el hombre ganado por igual concisión se cubre en sueño con lo más claro de la espada.

¡Ascetismo del vuelo...!
Criatura de pluma y de conquista, el pájaro, nacido bajo el signo de la disipación, reúne sus líneas de fuerza. El vuelo lo despoja de sus patas y del exceso de su plumaje. Más breve que un aguilón, tiende a la lisa desnudez del artefacto, y llevado por un solo impulso hasta el límite espectral del vuelo, parece

pronto a perder el ala, como el insecto después
del vuelo nupcial.

Es una poesía de la acción
lo que allí se trama.

Pájaros que una larga afinidad mantiene en los confines del hombre. . . Helos aquí, para la acción, armados como hijas del espíritu. Helos aquí para el trance y el preludio de la creación, más nocturnos que al hombre la gran noche del sueño claro en que se ejerce la lógica del sueño.

En la madurez de un texto inmenso en vías siempre de formación, han madurado como frutos, o mejor como palabras: a la vez con la savia y la sustancia original. Y en efecto, son como palabras bajo su carga mágica: núcleos de fuerza y acción, fuentes de destellos y emisiones, llevando muy lejos la iniciativa y la premonición.

Sobre la página blanca de márgenes infinitos, el espacio que miden ya no es más que encantación. Son, como el metro, cantidades silábicas. Y procediendo, como las palabras, de una lejana ascendencia, pierden, como las palabras, su significado en el límite de la felicidad.

Tomaron parte antaño en la aventura poética, con el augur y el arúspice. Y helos aquí vocablos sometidos al mismo encadenamiento, para el ejercicio distante de una nueva adivinación. . . En el ocaso de antiguas civilizaciones, es un pájaro de madera el que desempeña el papel del escriba en la escritura mediúmnica, los piñones en

cruz sostenidos por el oficiante, como en las manos del zahorí o del quiromántico.

Pájaros nacidos de una inflexión primera para la más larga entonación. . . Llevados, como las palabras, por el ritmo del universo, se inscriben por sí mismos, y como por afinidad, en la más amplia estrofa errante que se haya visto nunca desplegarse en el mundo.

¡Dichosos! Ojalá tiendan hacia nosotros, de un borde al otro del océano, ese arco inmenso de alas pintadas que nos asiste y que nos concierne. ¡Y que, entre nosotros, todo el honor recaiga sobre ellos!

El hombre lleva el peso de su gravitación como una muela en el cuello, el pájaro como una pluma pintada en la frente. Pero al extremo de su hilo invisible, el pájaro de Braque no escapa más de la fatalidad terrestre que una partícula rocosa en la geología de Cézanne.

De una parcela a la otra del tiempo parcial, el pájaro, creador de su propio vuelo, sube a las rampas invisibles y conquista su altura . . .

De nuestra profundidad nocturna, como de un escobén su cadena, tira tras sí, ganando el cielo abierto, ese trozo sin fin del hombre que no cesa de agravar su peso. Mantiene desde lo alto el hilo de nuestra vigilia. Y una noche emite ese grito de otro mundo, que hace que el durmiente levante su cabeza en sueño.

Lo vimos, sobre la vitela de un alba; o al pasar, negro —es decir, blanco— sobre el espejo de una noche de otoño, con las ocas salvajes de los viejos poetas Song, dejándonos mudos en el bronce de los gongs.

Tiende con todo su ser hacia los lugares sin relevo. Es nuestro emisario y nuestro iniciador. “Maestro del Sueño, dinos el sueño . . .”

Pero él, vestido con algo de gris o bien despojándose del todo, para decirnos mejor un día la inconstancia del color —en toda esa leche de luna gris o verde y de simiente dichosa, en toda esa claridad de nácar rosada o verde que es también la del sueño, por ser la de los polos y de las perlas bajo el mar— navegaba antes del sueño, y su respuesta es: “Pasar de largo . . .”

De todos los animales que no han dejado de habitar al hombre como un arca viviente, el pájaro, de muy largo grito, por su incitación al vuelo, fue el único en dotar al hombre de una nueva audacia.

¡Gratitud del vuelo...!

Estos se deleitaron en él.

De un extremo al otro del tiempo ocioso, y del espacio, deleitable, extienden su ocio y su deleite: pájaros del más largo día y de la más larga queja...

Más que volar, vienen íntegramente a la delicia de ser: pájaros del más largo día y del más largo propósito, con sus frentes de recién nacidos o de delfines de fábula...

Pasan, y así duran, o crecen, y así reinan: pájaros del más largo día y del más largo deseo... El espacio nutricio les abre su espesura carnal y su madurez se despierta en el hecho mismo del viento.

¡Gratitud del vuelo...!

Y es tal el estirarse del largo deseo, y de tal poder, que les imprime a veces ese ladeamiento del ala que vemos, al fondo de las noches australes, en la armadura desfalleciente de la Cruz del Sur...

Largo goce y largo mutismo... Ningún silbido, allá arriba, de hondas ni guadañãs. Navegaban ya sin luces, cuando descendió sobre ellos la sordera de los dioses...

¿Y quién supo nunca si, bajo el triple párpado de tinte pizarra, la embriaguez o el espasmo del placer les mantenía el ojo semicerrado? Efusión hecha permanencia, y total la inmersión...

A medio camino entre
cielo y tierra, entre aguas bajas y aguas
altas de eternidad, abriéndose un camino de
eternidad, ellos son nuestros mediadores,
y tienden con todo su ser hacia la extensión
del ser. . .

Su línea de vuelo es
latitud, a imagen del tiempo tal como
nosotros lo disponemos. Pasan siempre por
el sesgo del sueño, como langostas frente
a la cara. . . Siguen a lo largo del tiempo
sus pistas sin sombra, y se cubren con el
ala, al mediodía, como con la preocupación
de los reyes y de los profetas.

Tales son los pájaros de Georges Braque, ya sean de estepa o bien de mar, de especie costera u oceánica.

Sobre la extensión de un día más largo que el nacido de nuestras tinieblas, con esa tensión arqueada de todo el cuerpo, o ese alargamiento sinuoso no menos sospechoso de las ensenadas del cuello, mantienen en los estratos invisibles del cielo, como en las líneas visibles de un pentagrama musical, la larga modulación de un vuelo más flexible aún que la hora.

En el punto donde se resuelve el acorde, nunca se busque el lugar ni la edad de su filiación: pájaros de todas las riberas y todas las estaciones, son príncipes de la ubicuidad. Y al principio encajados en la mesa del día como muescas y espigas entre las partes de un mismo todo, viran hacia bodas más altivas que las del Ying y el Yang.

En el punto hipnótico de un ojo inmenso habitado por el pintor, como el ojo mismo de un ciclón en marcha —todas las cosas referidas a sus causas lejanas y todos los fuegos cruzándose—, es la unidad finalmente renovada y lo diverso reconciliado. Después de tal y tan larga consumación del vuelo, es la gran ronda de pájaros pintados en la rueda zodiacal, y la reunión de una familia entera de alas en el viento amarillo,

como una sola y vasta hélice en busca de sus
aspas.

Y porque buscan la
afinidad, en ese muy seguro y muy vertiginoso
no-lugar, como en un punto focal donde el ojo
de un Braque busca la fusión de los elementos,
pueden llegar a mimar allí alguna aleta
submarina, algún alón de llama viva, o
algún par de hojas al viento.

O bien helos aquí, en todo
este alto suspenso, como semillas aladas,
sámaras gigantes y simientes de arce: pájaros
sembrados al viento de un alba, siembran
para lo venidero nuestros parajes y nuestros
días. . .

Así los jinetes del Asia
central, montados en sus bestias precarias,
siembran al viento del desierto, para
repoblarlo mejor, frágiles efigies de caballos
breves recortadas en papel blanco. . .

Braque, has sembrado de
especies santas el espacio occidental. Y es
como si el distrito del hombre se viese
fecundado. . . ¡Que el precio del Siglo en
nuestro nombre sea pagado con monedas
y simientes de pájaros pintados!

... Son los pájaros de Georges Braque: más cerca del género que de la especie, más cerca del orden que del género; prontos a reunir en un mismo trazo la cepa madre y el avatar, nunca híbridos y no obstante milenarios. Llevarían, en buena nomenclatura, esa repetición del nombre con que los naturalistas se complacen en honrar al tipo elegido como arquetipo: **Bracchus Avis Avis**...

No son grullas de Camargue ni gaviotas de las costas normandas o de Cornualles, garzas del Africa o de la Ile de France, milanos de Córcega o de Vaucluse, ni torcazas de los desfiladeros pirenaicos; sino pájaros todos de una misma fauna y una misma vocación, pertenecientes a una casta nueva y a un antiguo linaje.

Por sintéticos que sean, son creación primera y no remontan el curso de una abstracción. No han frecuentado el mito ni la leyenda; y, rechazando con todo su ser esa carencia que es el símbolo, no derivan de ninguna Biblia ni Ritual.

No han jugado a ser dioses de Egipto o de Susiana. No estaban con la paloma de Noé, ni el buitre de Prometeo; tampoco con esos pájaros Ababilos mencionados en el libro de Mahoma.

Pájaros son, de fauna verdadera. Su verdad es lo desconocido de todo ser creado. Su lealtad fue la de encarnar, bajo muchas formas, una constancia del pájaro.

No hacen de ello literatura. No han hurgado ningunas entrañas, ni vengado ninguna blasfemia. ¿Y qué tenían que ver con el “águila de Zeus” de la primera Pítica de Pindaro? No se habrán cruzado con “las grullas temblorosas” de Maldoror, ni con el gran pájaro blanco de Edgar Poe en el cielo desfalleciente de Arthur Gordon Pym. Ni el albatros de Baudelaire ni el pájaro supliciado de Coleridge les fueron familiares, Pero de lo real de que están hechos, no de la fábula de ningún cuento, llenan el espacio poético del hombre, llevados por un trazo real hasta las cercanías de la superrealidad.

Pájaros de Braque, y de ningún otro. . . Inalusivos y puros de toda memoria, siguen su propio destino, más inquietante que ningún vuelo de cisnes negros en el horizonte de los mares australes. La inocencia es su edad. Arriesgan su suerte junto al hombre. Y se elevan al sueño en la misma noche que el hombre.

Sobre el orbe del más grande sueño que a todos nos ha visto nacer, pasan, abandonándonos a nuestras historias de ciudades. . . Su vuelo es conocimiento, el espacio es su alienación.

¡Pájaros, lanzas levantadas
en todas las fronteras del hombre!

El ala poderosa y quieta,
y el ojo lavado por secreciones
muy puras, van y nos preceden
hacia las franquicias de ultramar, como
hacia las Escalas y Factorías de un eterno
Levante. Peregrinos de una larga
peregrinación, Cruzados de un eterno
Milenio. Y también fueron “cruzados” bajo
la cruz de sus alas. . . ¿Algún mar portador
de barcos ha conocido jamás semejante
concierto de velas y alas sobre la venturosa
extensión?

Con todas las cosas
errantes por el mundo y que son cosas en el
hilo del tiempo, ellos van adonde van todos
los pájaros del mundo, a su destino
de seres creados. . .

Adonde va el movimiento mismo de las cosas,
sobre su marea, adonde va el curso mismo
del cielo, sobre su rueda —hacia esa
inmensidad de vivir y crear que conmovió a la
más profunda noche de mayo, van, y sorteando
más cabos de los que engendran nuestros
sueños, pasan, abandonándonos al océano de
las cosas libres y no libres. . .

Ignorantes de sus
sombras, y sabiendo de la muerte sólo esa
parte inmortal que se consume en el lejano
clamor de las grandes aguas, pasan, y nos

dejan, y no somos ya los mismos. Son el espacio atravesado por un solo pensamiento.

¡Lacónismo del ala!

Mutismo de los fuertes. . . Mudos son, y de alto vuelo, en la gran noche del hombre. Pero en el alba, extranjeros, descienden hacia nosotros: revestidos con esos colores del alba —entre betún y escarcha— que son los colores mismos del fondo del hombre. . . Y de esa alba de frescura, como de una aspersion muy pura, preservan entre nosotros algo del sueño de la creación.

LOS PAJAROS, Saint-John Perse, Colección
"Breves" N° 10, editado por FUNDARTE y la
Dirección de Cultura de la G.D.F. Impreso por
la Imprenta Municipal de Caracas en el mes
de octubre de 1977. Caracas, Venezuela.

